

## NOTA DE LOS AUTORES

En la mitología de «30 días de noche», los acontecimientos de *Restos inmortales* tienen lugar algún tiempo después de los descritos en la novela *Rumores de los no muertos*, y en la novela gráfica *The Journal of John Ikos*.

# Antes

Su casa se inclina hacia la muerte, y sus veredas van hacia los muertos. Todos los que en ella entraren, no volverán, ni tomarán las veredas de la vida.

Proverbios 2:18-19

El mundo acabará, o así lo afirman las sagas, por fuego y agua.

Los terremotos derribarán todos los árboles salvo Yggdrasil, el Árbol del Mundo. Los dioses batallarán los unos contra los otros, y a consecuencia de su combate, las llamas y el vapor ocultarán el cielo. Sin rayos de sol, el verano dejará de traer calor a las montañas, y los glaciares se extenderán por la tierra.

Lilith no creía necesariamente en las legendarias descripciones de *Ragnarok*. Había sido una no muerta durante el tiempo suficiente como para saber que todas las religiones inventaban historias que se adecuaban a sus necesidades. Los vikingos no eran diferentes. Pero Lilith vivía en una tierra ocupada en otros tiempos por Sturmi Arrancahuesos, cuyas sagas describían el cataclísmico enfrentamiento de los dioses que arrasaría el planeta y dejaría sólo dos personas vivas, Lif y Lithrasir, ocultos entre las frondosas ramas de Yggdrasil, así que pensaba que tenía con el antiguo bardo la deuda de escucharlo con imparcialidad.

Estiró con languidez su cuerpo delgado sobre la fría losa de mármol y se pasó una mano por el torso hacia arriba, disfrutando de la suave piel nueva.

En torno a ella, seis chicas jóvenes —jóvenes en comparación con Lilith, como lo era todo el mundo; tenían doce y trece años cuando habían sido transformadas en 1967— usaban esponjas para untarle la piel con sangre fresca, y de vez en cuando las apretaban para echarle

unas gotas en los ojos y la boca. Lilith tragaba lo que podía, y dejaba que el resto fuera absorbido a través de sus poros.

Nada restablecía como la sangre.

La preciosa sangre.

La sangre dadora de vida.

Su mundo no había acabado en aquella templada noche de abril, en Los Ángeles —al otro lado del Atlántico, en el continente americano, muy lejos de su hogar situado cerca de Alesland, Noruega—, a manos de Stella Olemaun. El mundo no había acabado, pero para Lilith había estado bastante cerca de hacerlo.

La enorme explosión había arrasado la casa que Lilith había alquilado para su misión de venganza en Estados Unidos. El dolor había sido intenso, enorme, peor que cualquier cosa que hubiera experimentado desde su muerte, acaecida hacía tanto tiempo que apenas podía recordarla. El fuego había consumido su piel, reseca sus órganos internos, roto sus huesos.

Pero había sobrevivido, y con la ayuda de sus jóvenes amigas la habían sacado, como por arte de magia, en un buque de carga y, finalmente, la habían devuelto a los umbríos bosques y gélidos fiordos de su amada Noruega.

Aquella mujer, Olemaun, pagaría por su engaño.

Ah, sí. Un millar de veces desde aquella noche, Lilith había jurado que *Ragnarok* llovería sobre su cabeza.

Primero el marido de Stella, Eben Olemaun, había asesinado a Vicente, el amante, compañero y marido de Lilith durante los últimos siglos. Luego, Stella había escrito un libro (¡un libro!) sobre los que habían atacado estúpidamente el poblado de Barrow, en Alaska, donde ella y Eben trabajaban como agentes de la ley. En ese libro había descrito el asesinato de Vicente como un acto heroico. Como última indignidad, Lilith había dispuesto el intercambio de las cenizas de Eben por un disco de ordenador que contenía la prueba en vídeo de la desastrosa invasión de Barrow —el único incidente grabado conocido de un acontecimiento semejante—, y Stella le había pagado a Lilith su generosidad intentando hacerla estallar en pedazos.

Lilith cerró los ojos e intentó concentrarse en las pequeñas manos que le frotaban sangre por los pechos y el abdomen, a lo largo de las piernas y sobre la frente fruncida. Empapada en sangre, estaba curándose con

rapidez. Pero era necesario que relajara la mente, además del cuerpo, porque necesitaba recuperarse mentalmente, no sólo físicamente.

Por todo el mundo se la llamaba Madre Sangre. Era la más grandiosa de ellos, dadora de vida eterna, matriarca de la raza. Sin Vicente desde hacía tantos meses, su poder era aún mayor.

Sin Vicente, reinaba en solitario.

Pero reinaría.

Mientras sus órganos se reconstituían, la piel le crecía de nuevo y se extendía por su cuerpo, el pelo recuperaba una parte de su brillo, si bien no de su largo, había pensado muchísimo en eso. Sus hijos estaban divididos, algunos en un rumbo —como el ataque a Barrow— que sólo podía acabar en su exterminio definitivo. Necesitaban la dirección, la guía que sólo Lilith podía proporcionarles.

—¿Señora?

Lilith se dio cuenta de que la muchacha ya había pronunciado tres veces la palabra, cada vez con una inflexión de voz más alta, incluso con un leve temblor en el tono. «Heather», pensó, sin mirar. Las manos de Heather eran diminutas, delicadas, con dedos no más largos que la distancia que mediaba entre los nudillos de Lilith. Tenía el pelo negro, ojos azules, y una cara angelical que podía hechizar a un sacerdote para que le ofreciera la vena yugular.

—¿Qué sucede?

—Señora, alguien está...

La voz de Heather se cortó con brusquedad. Lilith apoyó los codos sobre la losa e intentó levantarse, pero todavía estaba demasiado débil. Abrió los ojos, pero vio poco más que la niebla roja de su alimento, con formas indistintas que se movían como sombras por la habitación a oscuras. Parpadeó, intentando aclarar su visión.

—¡Señora...! —Luego, un chillido horrible.

Entonces, Lilith pudo ver una forma más grande que se movía entre ellas. Las formas de las muchachas se lanzaban contra la más voluminosa, luchando con colmillos y garras, pero el intruso —un hombre, eso podía distinguirlo aunque con dificultad— se defendía con una fuerza que superaba la de ellas.

Oía el ruido de la carne al desgarrarse, la sangre que caía con sonido acuoso contra el suelo, las paredes, e incluso sobre el cuerpo desnudo de Lilith.

Apenas unos momentos después ya se había situado junto a ella, y sus facciones se hicieron más nítidas con la proximidad. Era alto, y su cabeza —al igual que la de Vicente— estaba afeitada por completo. Durante el más breve de los instantes pensó que se trataba de él, que había vuelto de la muerte definitiva...

No.

Éste no se movía con la regia elegancia de Vicente, sino que caminaba arrastrando los pies como una criatura callejera ordinaria. Un olor repugnante asaltó los sentidos de Lilith, como si el recién llegado hubiera estado alimentándose de carne rancia.

—No sé quién eres, pero has cometido un terrible error —declaró ella con voz enronquecida. Al hablar le escocía la garganta, y cada palabra que salía de ella le hacía tanto daño como si se la frotaran con vidrio molido.

El intruso rió.

Por alguna razón, el espantoso sonido repentino revivió en Lilith una emoción poderosa que no había experimentado en lo que muy bien podrían haber sido siglos. Esa emoción era el miedo.

—Había pensado —dijo, inclinándose más hacia ella— que te alegrarías más de ver a tu padre, querida y triste Lilith.

—Tú... —comenzó ella.

—Shhh... no trates de hablar, hija —la calmó él, y le acarició una mejilla con una mano grande—. No te encuentras bien. Pobrecilla.

—Yo...

La gran mano le tapó la boca de repente.

—Nunca has sabido cuándo escuchar y cuándo hablar. Es una pena.

Entonces, la mano se deslizó hasta su garganta, y los fuertes dedos del hombre apretaron la piel delicada como barras de hierro. La levantó para acercarla hacia sí, y la espalda de Lilith perdió el contacto con la losa.

—Ahora escúchame, hija. Ha llegado el momento de cambiar la manera en que hacemos las cosas. Durante demasiado tiempo nos hemos ocultado en las sombras, temerosos de los mortales. Pero yo te pregunto, ¿teme el león al ternero? ¿Retrocede el lobo ante el cordero? Por favor, no respondas, no son más que preguntas retóricas, Lilith. Y, además, estás muy débil.

Esa risa otra vez, como los huesos de un bebé repiqueteando dentro del cráneo de un demonio, carente por completo de alegría.

—Tan desesperadamente débil... No, no hables, hija. Ya habrá tiempo para eso. —Dio otro tirón y la levantó por completo de la losa. Ella intentó resistirse, pero fue inútil, ya que sus músculos ni siquiera habían recobrado la fuerza suficiente como para que pudiera cerrar los puños—. Durante demasiado tiempo hemos sido cazados por los humanos. Perseguidos como si fuéramos presas en lugar de depredadores. Se acabó. Ha llegado el momento de que los hagamos retroceder.

Cerró los dedos con más fuerza aún en torno a la garganta, hasta que ella pensó que le atravesarían la carne.

Todo volvía a desvanecerse. Se ennegrecía. Sólo la cruel e implacable voz llenaba su mundo.

—Sí, sí, lo sé, no es tu manera de hacer las cosas. Ni la de Vicente. Pero verás... Vicente se ha ido. Y tú, hija... la verdad es que tú no tienes nada que decir al respecto. De hecho, me gustaría pensar que no vas a decir nada en absoluto.

PRIMERA PARTE

EL VERDUGO

# 1

El mundo giraba sobre su eje, la noche siguiendo al día y el día siguiendo a la noche. Aunque Dane prefería la noche —como era natural—, lo importante era que con cada rotación el mundo cambiaba... y todos, incluida su raza, cambiaban con él.

En otros tiempos, Nueva York, punto de unión entre Europa y Estados Unidos, había estado a la vanguardia de los cambios globales. Pero ya no. Dane creía que ahora era Los Ángeles la ciudad que cumplía mejor ese cometido. La costa del Pacífico había reemplazado a la vieja Europa como centro de la modernidad. Por mucho que lo intentara, Nueva York nunca recuperaría esa dignidad. Los Ángeles había sido una aldea soñolienta, aunque glamurosa, pero ya no lo era. Al caminar por sus calles durante la noche, escuchando el rugido de las decenas de miles de coches, el zumbido de la electricidad y el rumor del torrente sanguíneo que corría por millones de venas y vasos capilares, se sentía más vivo que...

... bueno, que cuando había estado vivo.

A media manzana de distancia, una pareja joven salió de la iluminada puerta de una tienda de licores a la acera oscura. Él era negro y ella asiática; la pareja perfecta para representar la multicultural ciudad contemporánea de Los Ángeles. Ambos iban vestidos con ropa informal, en manga corta y tejanos, atuendo apropiado para una noche de finales de verano. El hombre llevaba una bolsa de papel en la que se marcaba el relieve del paquete de seis latas que había dentro. Alzaron la vista hacia el reloj, en dirección a Dane, pero entonces el joven reparó en él y tomó a la mujer de la mano para apartarla del edificio hacia la calle desierta y cruzar al otro lado.

—¿Qué? —susurró ella, aunque Dane, por supuesto, podía oír cada una de sus palabras—. Oye, que esto no es Savannah.

—No, es Los Ángeles, y aquí también hay monstruos.

—Crees que ése...

—No lo sé. Pero es que tiene algo que no parece del todo normal —dijo el hombre.

«Muy astuto», pensó Dane. Llegaron a la acera de enfrente y dirigieron hacia él miradas furtivas, como si les preocupara que pudiera cruzar la calle corriendo, tras ellos. Él les lanzó una mirada feroz con la esperanza de justificar los actos del tipo a los ojos de su chica. Si pensaban que tenía pinta de asesino psicópata, ¿qué mal podía haber en dejar que creyeran que lo habían calado?

Dane continuó calle abajo, pasó por delante de la tienda de licores y de una agencia de viajes a la que alguien le había destrozado el escaparate (lo cubría un contrachapado de madera, carteles de viajes cubrían el contrachapado, y grafitis y folletos de un grupo de *heavy metal* cubrían los carteles de viajes), y luego ante una tintorería. En la esquina había una farola, la única que funcionaba en toda la manzana. Dane atravesó el cono de luz y bajó del bordillo, se detuvo para dejar pasar un taxi, y cruzó hasta la otra manzana.

Resultaba interesante que la mujer que salía de la licorería hubiera mencionado Savannah.

La ciudad portuaria de Georgia había entrado en sus pensamientos varias veces últimamente, las suficientes como para que llegara a pensar que podría volverse loco. La primera vez había sido hacía pocas semanas, cuando leyó en Internet el que sería el primero de muchos artículos sobre los asesinatos recientes acaecidos en Savannah. Al principio no le dio mucha importancia, tal vez debido al hecho de que la policía estaba haciendo pública poca información con la esperanza de dejar fuera a los chiflados potenciales. Pero luego, al publicarse hechos más sórdidos —el salvajismo, el inusitado *modus operandi*, el tremendo desangramiento—, y comenzar a escalar el frenesí mediático hacia el inevitable ciclo de noticias de veinticuatro horas, Dane se encontró al borde de la obsesión (otra vez).

En lugar de alimentarse (tenía un par de botellas en la nevera de su apartamento, pero había salido a buscar algo un poco más fresco), decidió volver a casa. Vivía a unos tres kilómetros de allí y, después de haber tomado la decisión, cubrió la distancia en pocos minutos.

Una vez dentro, Dane echó el pestillo y la cadena de la puerta, sabe-

dor de lo ineficaces que podían ser ambas cosas según el tipo de fuerza que se utilizara, y por hábito encendió el televisor de plasma del salón.

El apartamento era pequeño, y aquella habitación hacía las veces de salón y comedor, separado del área de la cocina por sólo una barra de madera de roble. Una sencilla puerta de madera ocultaba un dormitorio. El alquiler era bajo, y como estaba encima de una tienda de ropa que cerraba a las siete, no había vecinos en el piso inferior, y de todos modos tampoco le importaba demasiado el aspecto que mostraba la vivienda. Tenía casas seguras dispersas por todo el país, y un puñado en el extranjero. Si quería estética, podía ir a Carmel-by-the-Sea, Santa Fe o Gstaad, y si quería lujo, siempre estaba el castillo que tenía en el valle del Loira. La finalidad de aquel apartamento era ser conveniente, cosa que se cumplía, y albergar sus aparatos de comunicación, cosa que hacía.

Mientras en la pantalla se veía la CNN, encendió el MacBook. Con el sonido del televisor bajo, como un zumbido de fondo (guerra e inquietud en Oriente Medio, una brecha que cada vez se ensanchaba más entre los ricos y los pobres de Estados Unidos, Britney Spears se había puesto públicamente en ridículo una vez más), fue a Google News y tecleó «Savannah+asesinatos».

El dispositivo de búsqueda encontró un número sorprendente de resultados. Más que la última vez que lo había mirado.

Empezó por los periódicos locales de Savannah, *El Morning News* y el *Chronicle*, que habían apodado al asesino como «el Verdugo», y luego pasó a los grandes diarios nacionales el *Post*, el *Times* de Nueva York y Los Ángeles, antes de pasar a los sitios de Internet más importantes como MSNBC.com. Por último, entró en los *blogs*. Éstos estaban más cargados de rumores y especulaciones, pero él ya había digerido los hechos —los que eran conocidos, en cualquier caso—, y sentía curiosidad por ver en qué términos hablaba la gente de ellos.

Después de revisado todo eso, apagó el volumen del televisor, aún en espera de que hablaran de las noticias de Savannah, cogió el teléfono móvil y marcó un número de memoria. No sabía dónde estaba Merrin en esos días —Michigan era la última noticia que había tenido—, pero aunque eran las dos de la madrugada en California, no le preocupaba despertar a su amigo. Su raza no necesitaba dormir mucho, y a Merrin nunca le molestaba que lo llamaran.

—¿Sí? —respondió Merrin. Parecía distraído, como si Dane lo hu-

biera pillado durante la comida. Eso le recordó algo. Se levantó del sofá para ir a la cocina, y abrió la nevera.

—Merrin, soy Dane.

—¿Dane? Qué placer, amigo mío. Me alegra que me llames. ¿Va todo bien?

Dane destapó una botella de sangre fría y bebió un largo trago antes de contestar. Tibia sabía mejor, pero fría se conservaba durante más tiempo.

—Todo lo bien que puede esperarse —respondió.

—Entendido, amigo mío. —Merrin había nacido en Europa, y había permanecido allí incluso después de su transformación, hasta que su familia (a la que siempre había protegido), había emigrado a Estados Unidos a finales del siglo XVIII. A pesar del tiempo que llevaba viviendo en América, conservaba muchos de sus hábitos del viejo mundo, y Dane siempre disfrutaba conversando con él. Merrin y Dane habían hablado muchas veces sobre los retos que les planteaba el mundo actual, y ambos estaban generalmente de acuerdo—. ¿Cuál es la naturaleza de la llamada, entonces?

—He estado oyendo hablar mucho sobre la situación de Savannah —dijo Dane—. ¿Qué sabes tú del asunto?

—¿Savannah? —Merrin tenía la costumbre de repetir las preguntas, o al menos parte de ellas, mientras reunía sus pensamientos. También tenía la costumbre de mantenerse en contacto con una gran número de gente (e incluso un surtido de humanos que no tenían ni idea de cuál era su verdadera naturaleza), así que uno nunca sabía qué tipo de conocimientos recónditos había podido adquirir a lo largo del camino—. Supongo que estás hablando del asesino.

—Correcto, Merrin. Los asesinatos del Verdugo.

—Es cierto que siempre has mostrado interés por las cosas truculentas, Dane. ¿Por qué no empiezas por contarme lo que sabes y luego te lo complemento con lo que pueda?

—Sólo sé lo que he leído en Internet. —Dane se recostó en el respaldo del sofá, con la botella abierta en la mano izquierda—. Los hechos publicados son los básicos. Al menos una docena de personas han sido asesinadas allí en los últimos sesenta días. Todas atacadas en su propia casa, en allanamientos de morada particularmente brutales. La manera de entrar no presentaba ninguna sutileza ni elegancia; se limitaron a

derribar la puerta y matar a alguien de manera brutal, pero, de algún modo, con un mínimo derramamiento de sangre. El asesino acaba cortando o arrancando la cabeza de la víctima, y por eso lo han apodado así. En muchos de los casos, cualquier otro residente de la casa invadida ha desaparecido sin más. Hay gente que teoriza que está haciéndolo alguna criatura medio salvaje, un hombre lobo, un *bigfoot* o algo así. Otros especulan que las autoridades acabarán encontrando una tumba colectiva donde están enterrados todos los desaparecidos. Incluso he leído la teoría de que lo ha hecho un escuadrón de la muerte de naturaleza política, aunque nadie acaba de ponerse de acuerdo en por qué alguien podría escoger a esa clase de víctimas.

Dane dejó de hablar.

Merrin intervino entonces.

—Ése parece un resumen relativamente preciso y conciso de la situación tal y como ha sido publicada —afirmó.

Dane no pudo evitar una ancha sonrisa al oír la respuesta de Merrin. Al hombre le encantaba adoptar una manera de hablar de clase alta, anticuada, que a Dane, por alguna extraña e inexplicable razón, le recordaba a *Un tranvía llamado deseo*. Dane sabía a ciencia cierta que el modo de hablar de Merrin era intencionado. Al menos había comenzado así. Una vez, hacía mucho tiempo, Dane había oído al casi remilgado Merrin soltar una diatriba cargada de vulgaridades que le habrían provocado un infarto a una monja. El acento que tenía entonces era claramente de Nueva York, aunque antiguo.

—Con, como has sugerido —continuó Merrin—, el añadido de algunas especulaciones bastante improbables. Cosa que, por desgracia, constituye el tipo de especulación más corriente que se da en Estados Unidos en el amanecer de este nuevo milenio. —Merrin tenía tendencia a ponerse filosófico, a veces... o político, lo que era todavía peor. Si lo hacías hablar de Iraq o del sistema de sanidad, era mejor que tuvieras mucho tiempo libre. Como si él necesitara la cobertura de un seguro—. Pero se han dejado bastantes cosas fuera de esos informes, al menos a juzgar por lo que yo he logrado averiguar.

—¿Como por ejemplo? —Dane bebió más sangre. Incluso fría hacía su servicio.

—Como por ejemplo, que ese «mínimo derramamiento de sangre» que has mencionado es subestimar los hechos por un amplio margen.

Unas pocas gotas, tal vez. Ciertamente, menos de un litro. Y quiero decir dentro del cadáver y derramada por la residencia. Es difícil decapitar a alguien sin derramar más de eso.

—Lo que sólo puede significar... —Distraído, Dane no apartaba un ojo del televisor. Sabía que la CNN repetía a lo largo del día las noticias más importantes, e importante solía significar sensacionalista y terrible, algo que asustara a las masas, así que era sólo cuestión de tiempo que actualizaran la información sobre los asesinatos.

—Precisamente. Por supuesto, nadie va a decir nada de manera oficial, pero...

—¡Jesucristo! Espera, Merrin. —Dane recogió de un manotazo el mando a distancia de encima de la mesa de café Crate & Barrel y pulsó el botón MUTE. El sonido volvió como un rugido que ahogó la canción de 50 Cent de un coche que pasaba por el exterior con el volumen demasiado alto—. ¿Tienes puesta la CNN, por casualidad?

—Puedo —replicó Merrin.

La pantalla del televisor de Dane mostraba un apartamento urbano de Savannah, Georgia. La puerta delantera se inclinaba hacia el interior, sujeta sólo por el gozne inferior. Un trozo de acero visible junto a la entrada parecía una barra de seguridad que no había cumplido su función en absoluto. Cuando la cámara atravesó la puerta para entrar en el salón, reveló una escena que podría haber sido la consecuencia de un tornado.

—... otro allanamiento de morada en Savannah. En este caso acaecida en Victory Drive. Los vecinos informaron que oyeron un sonido que han descrito «como de una explosión». Cuando llegó, la policía encontró un solo cadáver que, según se informa, era de un hombre que vivía en la residencia. Otros dos residentes, una mujer y un niño, no fueron hallados en la vivienda. Una fuente de las fuerzas del orden le ha dicho a este reportero que todo indica que el Verdugo se ha cobrado otra víctima.

—Da la impresión de que nuestro misterioso visitante de pesadilla ha vuelto a golpear —comentó Merrin.

—No jodas. —Dane volvió a pulsar el botón MUTE.

—¡Qué coloquialismo tan pintoresco!

Dane sonrió. Lo había dicho sólo por pinchar la sensibilidad habitualmente anticuada de Ferrando Merrin. Casi podía ver cómo al viejo, cuyo pelo oscuro estaba en perpetuo estado canoso, se le teñía de rosado la piel fina como papel de las mejillas hundidas.

—Así que no hay sangre. Lo cual significa...

—Tú crees que es uno de los nuestros. —La forma en que Merrin lo dijo significaba que él también lo pensaba.

—No es que intente disimularlo demasiado —dijo Dane.

—No demasiado.

Ambos sabían que había muchos que no se molestaban en pasar inadvertidos. Cada día más, al parecer.

Pero ¿ese tipo de masacre descarada en una ciudad importante? Estaba garantizado que esos ataques atraerían la atención. Era casi como si los hubieran cometido con ese propósito.

Si el Verdugo era sólo un asesino en serie —donde «sólo» era una ironía intencionada—, se trataba de un caso malo, un tipo difícil de detener. Pero los cadáveres acabarían por darle alcance, porque sacrificaba la cautela a la violencia.

Si, por otro lado —como sospechaban tanto Dane como Merrin—, el asesino era uno de ellos, la policía nunca lo atraparía. Ni siquiera se aproximarían remotamente a atraparlo, porque serían incapaces de intentar siquiera entender la verdad sobre él... o sobre ella, ya que los asesinos en serie eran casi todos hombres, pero la realidad venía en los dos sabores. Y si no lo atrapaban y destruían, él o ella nunca dejaría de matar.

A menos que alguien interviniera...

Maldición.

—¿Estás ahí, Dane?

—Sí —respondió éste. Un cansancio repentino se había apoderado de él—. Estoy aquí, Merrin. Pero calculo que no por mucho tiempo.

—No vas a...

—Alguien tiene que hacerlo, ¿verdad? Quiero decir, que exponerse de esta manera a la luz pública...

Una pausa.

—Eso es muy propio de ti, Dane. Muy propio de ti, lamento decirlo.

—Es lo que dicen; «genio y figura hasta la sepultura», ¿no?

—Tú eres más genio y figura que yo, amigo mío. Que tengas un viaje seguro. Y, por favor, mantenme informado.

—Lo haré, Merrin, no te preocupes. Te llamaré desde Savannah.

—Siempre me preocupo, Dane. Es lo que hago mejor. Pero sé que estarás bien. Simplemente, no corras riesgos innecesarios... Recuerdas lo que sucedió hace unos años, ¿verdad? El incidente con esa mujer, Olemaun.

—Sí, lo recuerdo. —«Gracias por recordármelo.»

—Es sólo algo que tener presente. A mi entender, estuvo a punto de convertirse en una situación muy desagradable para ti.

Dane suspiró.

—Gracias. Aprecio de verdad tu preocupación. Prometo cuidarme las espaldas.

—Me alegra oírlo. Me gustaría volver a hablar contigo, ¿sabes?

Dane colgó el teléfono. Por lo general, le gustaba hablar con Merrin. Casi siempre aprendía o averiguaba algo.

«No corras riesgos innecesarios», le había dicho. Una cosa que Dane nunca había averiguado: ¿quién demonios podía definir «innecesario»?

## 2

Dane salió de la terminal del Aeropuerto Internacional de Savannah a la bochornosa noche de Georgia.

Habían pasado cuatro días desde la conversación que había mantenido con Merrin, pero aquél era el primer vuelo nocturno sin escalas entre Los Ángeles y Savannah en el que había podido reservar billete. Los viajes diurnos eran problemáticos para su raza. El verano parecía reacio a aflojar la presa mortal de calor y humedad con que atenazaba la región.

Había un par de taxis detenidos junto al bordillo cuyos conductores se encontraban en la acera, charlando. El aeropuerto de Savannah era letárgico comparado con otros aeropuertos internacionales en los que había estado. Dane no había decidido si alquilaría un coche o iría en taxi hasta la ciudad, y mientras estaba allí pensando en el asunto, un mosquito se le posó en el cuello. Dado que sentía una cierta afinidad con aquel diminuto incordio, no le dio un manotazo.

Aunque no importaba demasiado. Su sangre envenenaba a los mosquitos casi de inmediato; bebería un largo, sediento sorbo, Dane no sufriría el más mínimo efecto por ello, ni picores ni hinchazón, y el insecto se alejaría volando, recorrería poco más de medio metro, y caería muerto sobre la acera. Cuando despegó, se frotó con suavidad la zona del cuello en la que había aterrizado.

—Hay muchos, este año —dijo alguien.

Dane levantó la mirada. Uno de los taxistas estaba recostado contra el parachoques delantero de su coche, con los peludos brazos cruzados sobre el pecho de barril. El vello rizado asomaba por el cuello abierto de su camisa, pero tenía la cabeza casi calva del todo, como si su cuerpo ya hubiera consumido toda la energía que podía dedicar a criar pelo. Era de

tez pálida y con manchas, como alguien que en el pasado hubiese estado mucho tiempo navegando pero últimamente durmiese durante el día. Unos penetrantes ojos azules contemplaron a Dane con curiosidad no disimulada.

—Sí —replicó Dane, al darse cuenta de que el tipo se refería a los mosquitos. El taxista, probablemente, estaba acercándose a los setenta años. Tenía el tipo de cara con arrugas y pliegues del que lo había visto todo, y algunas cosas incluso dos veces. Debía de medir un metro sesenta y siete o un metro setenta de altura, y aún tenía un cuerpo musculoso y de carnes firmes para su edad.

Dane reparó en una cosa más: en aquel tipo, todo gritaba «poli».

«Creo que voy a ir en taxi.»

Había decidido alojarse en el Hyatt Regency, situado a la orilla del río Savannah, y le dio al taxista el nombre del hotel. El hombre asintió y se sentó detrás del volante. Dane llevaba sólo una pequeña bolsa de viaje, la cual dejó a su lado en el gran asiento trasero del abollado Crown Victoria amarillo y verde. El taxi tenía sintonizada una cadena que emitía música de la década de 1970, y Chuck Berry cantaba acerca de Johnny B. Goode, que podía tocar la guitarra como si tocara un timbre.

Dane no necesitó mucho tiempo, durante el viaje al interior del distrito histórico de Savannah, para dirigir la conversación hacia los acontecimientos locales del momento.

—Pronto cometerá un error —dijo el taxista. No tenía acento de la costa de Georgia, sino apenas un leve deje sureño. En todo caso, hablaba como alguien que se había mudado allí desde el nordeste, tal vez del estado de Nueva York. Al mirar el carnet de taxista, Dane averiguó que se llamaba Mitch LaSalle—. Yo solía trabajar en el departamento de aquí —continuó, confirmando la corazonada de Dane. Algunos tipos simplemente no podían evitar tener pinta de polis, y hacía mucho tiempo que Dane había aprendido a captar bien la naturaleza de la gente—. Conozco a algunos de los tíos que trabajan en este caso. Lo pillarán.

—¿Tienen algo que no se haya dicho en las noticias? —preguntó Dane—. ¿ADN o algo así?

—¿Se refiere a algo que le pueda contar? —rió Mitch.

—Sólo soy un turista interesado —le aseguró Dane.

—No correrá peligro. Quienquiera que sea ese gilipollas, se concentra en los residentes, no en los turistas. Si yo fuera usted, no me alejaría

mucho del hotel después de oscurecido. No por el Verdugo. Parece usted un tipo muy capaz de cuidar de sí mismo, pero ha habido mucha actividad de bandas, ya sabe.

—Eso no me preocupa demasiado —replicó Dane. Era la verdad. Podría encontrarse con problemas allí, pero no procederían de los miembros de las bandas.

Su raza siempre había sido dueña de la noche.

—¿Por qué abandonó el cuerpo? —preguntó Dane—. Si no le importa hablar del tema.

Mitch soltó una risotada.

—Diablos, claro que no me molesta hablar. Eso es lo único que todavía puedo hacer, ¿verdad? La misma vieja historia de siempre. Bueno en el trabajo pero malo en la política. Cabreé a la gente equivocada. Perseguí al gato equivocado en el árbol equivocado, supongo, y cuando me dijeron que lo dejara... no lo hice. Así que aquí estoy. Me costó la jubilación y el matrimonio. Aunque no estoy amargado por eso —se apresuró a añadir, con otra risa que a Dane no le pareció nada salvo amargada.

—Parece duro —dijo Dane—. Que te castiguen por hacer lo correcto. Eso apesta.

—Y que lo diga, hermano.

—Habla como si hubiera sido detective.

Aquellos intensos ojos azules se encontraron con los suyos en el retrovisor, y Mitch guardó silencio durante unos segundos.

—Usted no parece poli —dijo Mitch—, pero ya me he equivocado antes.

—No, no soy poli —replicó Dane. Captó su propio reflejo en la ventanilla del coche: pelo oscuro, rostro delgado, mandíbula inferior y mentón ribeteados por una fina perilla coronada por un bigote. Podía lograr no tener el aspecto de un monstruo, pero para llegar a parecer humano siempre debía esforzarse—. He pasado mucho tiempo cerca de ellos, y he tenido muchos amigos que sí lo eran. —Una mentira, por supuesto. Los otros no tenían tendencia a relacionarse socialmente con la gente de las fuerzas de la ley. Pero prestarles atención era una táctica crucial de supervivencia.

—¿A qué se dedica?

—Soy inversor —respondió Dane. Otra verdad, hasta cierto punto.

Tenía acciones bajo una docena de identidades y nombres de compañías diferentes. Con el dinero colocado a largo plazo (un plazo largo de verdad, cuando uno hablaba de más de un siglo), los beneficios bastaban para mantenerlo en una posición económica realmente muy buena—. Supongo que podría decirse que soy un especulador que compra y vende en el mismo día. —Por la noche tenía cosas más importantes que hacer.

El olor del río Savannah entró por la ventanilla abierta de Mitch, un complejo caldo de pescado, gasoil y otros olores que Dane no pudo identificar. Había estado en Savannah unas cuantas veces antes, pero nunca durante mucho tiempo, y no conocía la ciudad fuera de la zona ribereña. Su hotel estaba al lado del Ayuntamiento, con el complejo comercial Cotton Exchange al otro lado. Cuesta arriba desde el río había vecindarios de viejas casas de ladrillo construidas alrededor de plazas adoquinadas. Fundada en 1733, Savannah era una de las pocas ciudades de Estados Unidos que le parecían viejas a Dane, cuyas raíces sólo se remontaban a mediados del siglo XIX.

—Supongo que puede ganarse dinero con eso —dijo Mitch.

—A mí me va bien.

—¿Y qué lo trae por Savannah?

Dane tuvo que tomar una decisión rápida, aunque no instantánea. Su mente había empezado a trabajar desde que había reconocido al taxista como poli, y nada de lo que había oído lo había disuadido. Mitch parecía conocer la ciudad, conocía a los jugadores locales, y no daba la impresión de que les debiera lealtad ninguna.

Justo el tipo que Dane necesitaba.

—Escuche —dijo—, necesito contarle algo. Pero es importante que lo guarde en secreto. ¿Lo hará?

—Supongo que dependerá de qué se trate —replicó Mitch—. No soy sacerdote, y este taxi no es un confesionario. —Una respuesta perfectamente razonable.

En realidad, más razonable que la solicitud que iba a hacerle Dane.

—Vale. Ésta es la cuestión... No creo que la policía vaya a atrapar al Verdugo —declaró Dane—. Porque no creo que estén buscando el tipo correcto de... persona. Pero, para serle sincero, ése es el motivo por el que estoy aquí.

—¿Por qué sabe qué clase de persona deberían estar buscando?  
—Los ojos del espejo habían cambiado, se habían suavizado. Habían

pasado de la curiosidad a la lástima en diez segundos contados. El tipo ahora pensaba que Dane estaba mal de la cabeza.

—Ya sé lo que parece —dijo Dane—. Pero es la verdad. El tipo al que buscan es alguien como yo en algunos aspectos muy específicos.

—¿Va a contarme cuáles son esos aspectos? ¿O se supone que debo adivinarlos?

—Bueno, vale, no se preocupe. —Con un poco de suerte, Mitch LaSalle se olvidaría de que había recogido a Dane, o pensaría que era una especie de bromista—. Simplemente déjeme en el hotel, y ya está.

—Sí, vale —replicó Mitch.

Continuó observando a Dane por el retrovisor, como si intentara atravesar la ilusión de humanidad que proyectaba. «El poli que lleva dentro», supuso Dane. Le había contado al tipo justo lo suficiente como para interesarlo, como para hacerle saber que había algo misterioso en él, y ahora quería resolver el misterio.

Como había supuesto desde el principio, Mitch era con total exactitud el tipo que Dane necesitaba para ocuparse de los aspectos locales del caso. Una ciudad desconocida, una investigación intensiva en marcha, podían ser obstáculos de importancia. Tener a alguien como Mitch en su equipo podría contribuir a que las cosas discurrieran con mayor facilidad en lugar de hacerlo a trompicones.

Pero a pesar de que había identificado al tipo adecuado en cuanto había bajado del avión, el recorrido en el taxi no le había dado a Dane tiempo suficiente para cerrar el trato. Lo mejor que podía hacer ahora era recordar el nombre de Mitch y, si surgía la necesidad, intentar ponerse en contacto con él.

El taxi dejó a Dane en la entrada principal del Hyatt, donde un botones uniformado le abrió la portezuela antes de que pudiera hacerlo él. Dane pagó el viaje, e incluyó una generosa propina. El poli convertido en taxista le dio las gracias y se metió el dinero en el bolsillo de la camisa.

Mitch ya se había marchado para cuando Dane atravesó la puerta del hotel.

Desde la habitación, Dane veía las luces de los grandes cargueros que recorrían el río, y de las grúas de los muelles donde operaban. Savannah era un

importante puerto atlántico, con una constante actividad naviera. En alguna parte se lamentó una sirena, y muy abajo, en River Street, unos borrachos trasnochadores rieron y gritaron mientras daban traspiés por la acera.

Dane tenía un problema más inmediato que el de encontrar a quien estaba acabando tan descaradamente con la población de Savannah, para detenerlo antes de que aquella... pesadilla de un relaciones públicas se descontrolara aún más. El hambre había comenzado a insinuársele, y las normas de seguridad de los aeropuertos eran tales que ya no podía viajar con la preciosa sangre.

Lo cual le dejaba una sola opción. Tenía que salir a cazar.

A Dane no le gustaba arrebatarse vidas inocentes. Lo había hecho, por supuesto, cientos de veces, si no miles, a lo largo de los años. Para sobrevivir necesitaba alimentarse. Quería sobrevivir. No hacía falta pensar mucho para sacar conclusiones.

Al mismo tiempo, no se le escapaba la ironía de que había acudido a Savannah para acabar con la matanza, cuando daba la impresión de que él iba a contribuir a ella con su granito de arena. En lo concerniente a la superioridad moral, creía llevar la ventaja, ya que en su caso sería algo que haría sólo para sobrevivir, y sería discreto además de muy selectivo. Más que las muertes en sí, lo que Dane detestaba de quienquiera que estuviese cazando en Savannah era que los asesinatos atraían la atención —de cualquiera que estuviese dispuesto a ver la realidad— hacia la verdadera existencia de su raza.

Pero debían permanecer en secreto. A toda costa.

Eso también era supervivencia, aunque para una especie, no para un solo individuo. La única razón por la que habían sobrevivido durante tanto tiempo era que habían hecho creer al mundo mortal que constituían una leyenda, una fábula que se contaba por la noche a los crédulos, o un tema de ficción popular. Acabar en el canal de noticias por cable de veinticuatro horas no encajaba con esa meta.

Estaba claro que el Verdugo tenía unos planes distintos en mente. Las muertes poco frecuentes y discretas que ocasionaba Dane —concentradas, cuando era posible, en personas cuya pérdida, en cualquier caso, el mundo podía soportar— eran de un tipo muy, muy diferente.

Al salir por la puerta apagó la luz de la habitación, dispuesto a ponerse en marcha. En alguna parte de las calles de Savannah, el destino aguardaba a un chupasangre de los bajos fondos.

### 3

Incluso una semana más tarde, Mitch LaSalle no lograba quitarse de la cabeza el recuerdo del tipo que había recogido en el aeropuerto.

El problema no era sólo que el tipo había parecido razonable al principio para luego convertirse en un pirado con esa teoría demencial de que él y el asesino se parecían mucho.

Eso era la mayor parte del problema pero, desde luego, no la parte peor. Ni hablar.

Lo que de verdad había conmocionado a Mitch, tanto que había quedado bañado en sudor frío —y tuvo que aferrar el volante hasta que le dolieron las manos para que el pasajero no las viera temblar—, fue que al mirar por el espejo pensó (pensado no, sabido con seguridad, joder, desde luego que lo sabía) que había visto cambiar a aquel hombre, cambiar físicamente: cómo la piel adquiría color y vida, la forma de la boca y la mandíbula variaban, incluso sus ojos hacían... algo a lo que Mitch no podía darle un nombre. Como si apagaras un interruptor y la luz de una bombilla se desvaneciera poco a poco en lugar de apagarse sin más.

Y ese recuerdo afloraba en su memoria en momentos inoportunos.

Lo hizo cuando despertó a las once de la mañana, después de haberse dormido a las ocho, con la necesidad de volver a dormirse pero sin poder hacerlo.

Había vuelto hacía un par de días, cuando estaba dale que te pego, caliente y con ganas, con una tía joven (pensaba que cuando uno tenía su edad, las que rondaban los cuarenta y cinco contaban como jóvenes), y entonces, distraído por la imagen mental de la transformación del tipo, había perdido las ganas, el empalme y a la tía.

—Les pasa a todos antes o después —había dicho ella, mientras se ponía los pantis con refuerzo abdominal en el dormitorio del aparta-

mento que él tenía en un segundo piso de Congress Street—. Por eso no he querido casarme nunca. Siempre hay otro tipo que no tiene ese problema, de momento—. Volvió a ponerse el sujetador, luego la camiseta de Oak Ridge Boys con las mangas cortadas, y se bajó la falda que no se había molestado en quitarse—. Consigue una receta, Mitch. Ya sabes cómo encontrarme.

Acababa de volver en ese momento, sentado en una marisquería corriente de Skidaway, casi en el límite de la muy renombrada comunidad de Thunderbolt (con la cual él había bromeado a menudo diciendo que en atravesarla en coche se tardaba lo que un rayo tarda en llegar al suelo), con Denny Mulroy y Willard Creech, detectives de homicidios de Savannah asignados al grupo especial que investigaba los asesinatos del Verdugo.

—Lo que tenemos es nada —estaba diciendo Creech—. Cero. Ni una mierda. Nulo. Un vacío, sin más. La cosa está en un estado lamentable, así es como está. —Willard Creech parecía un condenado esqueleto que alguien hubiera envuelto con cuatro bolsas a las que había llamado piel. Cuando sonreía, cosa que sucedía con una frecuencia más que excesiva, el efecto era espantoso, y no sólo porque tenía una pésima dentadura. A menudo, Mulroy teorizaba sobre que su compañero había sido asignado a homicidios porque a los cadáveres no les importaba qué aspecto tenía un investigador, mientras que las víctimas de un delito que estaban vivas podrían haber tenido la sensación de que volvían a agredirlas.

Denny Mulroy, por el contrario, era como un bidón de ciento noventa litros, un par de centímetros más bajo que Mitch, y con cincuenta y cuatro kilos de peso más que él. No habría podido superar una prueba física del departamento, pero cuando trabajaba en antivicio, había protegido al hijo del comisario general de policía para que no fuera arrestado por andar de putas en Montgomery Street, y no una vez, sino siete, así que tendría asegurado el futuro mientras respirara, y tal vez incluso después. La piel de Denny era del color de un grano de café bien tostado, y tenía un pelo corto que se había vuelto casi todo blanco desde que estaba en la brigada de homicidios. Mitch siempre se había sentido fascinado por las palmas de las manos de Denny, que eran tan rosadas como el salmón fresco y resaltaban como banderas de señales contra el dorso casi negro.

Los dos polis conformaban una de las más extrañas parejas que había visto Mitch durante sus años en el cuerpo, primero en Michigan, y luego, debido a una estrafalaria secuencia de acontecimientos que él mismo no acababa de creerse cuando le pedían que la describiera, en Savannah. Pero ambos tenían una brillante mente investigadora, y juntos parecían capaces de resolver cualquier delito que les pusieran delante. Mitch creía que si los federales tuvieran una docena de parejas como ellos, Osama bin Laden ya habría estado cumpliendo condena en la prisión estatal de Angola, Louisiana, o en la de San Quintín, hacia el trece de septiembre.

—¿Cómo puede no dejar pruebas físicas tras de sí alguien que reventía puertas y drena la sangre de sus víctimas? —preguntó Mitch—. No parece que la sutileza sea su punto fuerte.

—Sutil como un mazazo en la cabeza —lo secundó Creech.

—El problema está en que el hijo de puta es un fantasma —añadió Mulroy—. Un fantasma ruidoso, pero, qué demonios, hacer ruido no importa mucho si no queda nadie cerca para oírlo.

—Ese tipo, el Verdugo, ¿no ha dejado ni un solo testigo?

—Un puñado —replicó Mulroy—. Pero ninguno que pueda ayudarnos de ninguna manera. Una mujer dijo que había oído algo que parecía un disparo. Resultó que ni en ese allanamiento de morada, ni en ninguna de ellos, por lo que hemos podido ver, se disparó ningún arma de fuego. Lo que probablemente oyó fue la patada con que el tipo ese derribó la puerta delantera. Dime, ¿de qué va a servirnos a nosotros su testimonio? Es mejor no tener ningún testigo que tener uno que la defensa pueda usar para confundir al jurado.

—Si alguna vez atrapamos a un sospechoso —añadió Creech.

—El otro día conocí a un tipo —se sorprendió diciendo Mitch—, en realidad un pasajero que recogí en el aeropuerto. Es probable que no fuera más que otro pirado, pero parecía completamente convencido de que todos vosotros estáis ladrándole al árbol equivocado.

—Es probable que tenga razón —asintió Creech—. No dejo de decirle a Mulroy que deberíamos investigar más de cerca a esas monjas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

—También hay una profesora de guardería a la que le tengo echado el ojo —comentó Mulroy—. Mide alrededor de un metro cincuenta y pesa cuarenta y tres kilos cuando está empapada. Ese amigo tuyo tiene

razón, no podemos permitirnos el lujo de investigar sólo a los tipos grandes y fuertes cuando estamos intentando encontrar a alguien que puede derribar una puerta barrada y llevarse a varias personas.

—Por eso se me ocurrió lo de esas hermanitas —continuó Creech—. Una sola, por sí misma, tal vez no ha podido hacerlo, pero ¿y todo el grupo? ¿Cómo llamas a un grupo de monjas? ¿Un rebaño? ¿Una manada?

—Tal vez una bandada —propuso Mitch, que luchaba para mantener un gesto serio.

—O una pandilla —dijo Mulroy. Por la alegría que demostraba, habría podido estar hablando de las estadísticas de suicidio o de un embarazo de su hija de quince años. El trío había estado haciendo eso durante años, dentro y fuera del departamento, y desde que Mitch los conocía, él había sido siempre el primero en echarse a reír.

El teléfono móvil de Mulroy interrumpió la conversación. Contestó y escuchó, mientras su rostro oscuro se volvía de un gris ceniciento. Un momento después cerró el teléfono y lo devolvió al bolsillo de la chaqueta.

—Ha vuelto a atacar —dijo en voz baja—. El Verdugo aún está en la vivienda. Gwinnett esquina Forest. Tenemos que ir. Ahora mismo. Vamos.

—Eso está a un kilómetro y medio de aquí, más o menos —apuntó Mitch.

Los ojos de Mulroy se encontraron con los suyos, pero de una manera distante, como si mirara a un desconocido por primera vez.

—Exacto. Tenemos que marcharnos.

—Marchaos —dijo Mitch—. Ya pagaré yo la cuenta. —Mulroy y Creech salieron por la puerta delantera antes de que las palabras acabaran de salir de su boca. Si había una oportunidad de atrapar al tipo con las manos en la masa...

Mitch llamó por señas a la camarera (de poco más de veinte años, cansada pero aún intentando mostrarse agradable, el tipo de chica que siempre hacía que se preguntara si Karin, su hija, en caso de haber sobrevivido cuando la atropelló un conductor borracho, sería como esa chica. ¿Amiga suya, tal vez su compañera de piso?) y le dio dos billetes de veinte. Aún no había visto la cuenta, pero tenía que ser menos de eso.

Salió a buscar el taxi, que había dejado aparcado más abajo, en la misma manzana. Mulroy y Creech se habían marchado hacía rato.

Pensó en bajar hasta el río, o tal vez ir al aeropuerto a buscar pasaje. Pero estaba tan cerca... Y si atrapaban al Verdugo, maldito si no quería verlo. Se dirigió hacia el cruce de Gwinnett y Forest.

Donde lo aguardaba el caos más absoluto.

Había coches patrulla y ambulancias aparcados por todas partes, con las luces girando. Aún más se dirigían hacia la escena, hendiendo la oscuridad con el aullido de las sirenas. Un agente uniformado intentaba tender una cinta de precinto amarilla entre unos árboles y una barrera precipitadamente montada, pero le temblaban tanto las manos que no lograba mantener sujeto el carrete. Otros miraban boquiabiertos la casa adosada de ladrillo con las luces encendidas y la puerta delantera abierta y medio arrancada de los goznes.

Mitch aparcó el taxi tan cerca como pudo y recorrió a pie el resto de la distancia. Vio a Paula Owens, una cara conocida. De hecho, había intentado tener una aventura con ella cuando estaba en el cuerpo y ella aún llevaba uniforme, pero Owens había pensado que si la gente descubría que había dormido con un colega blanco, podría perjudicar sus posibilidades de ascenso. Y resultó que no había sido sólo paranoia, y que era probable que tuviera razón. Apoyada por los colegas de la comunidad afroamericana de dentro de la policía, había llegado a detective en un tiempo récord. Asociarse con un Mitch LaSalle caído en desgracia habría aniquilado esa carrera fulminante.

—Paula —la llamó—. Mulroy y Creech venían hacia aquí, ¿los has visto?

Ella volvió la espalda a la casa de ladrillo y Mitch vio que sus ojos derramaban lágrimas que le caían por las mejillas. Tragó, mordiéndose el labio inferior, sin contestarle.

Él echó a andar, pero ella lo sujetó por un brazo con ambas manos al pasar.

—No puedes entrar allí, Mitch —dijo, con voz estrangulada—. Ya no tienes placa.

—Esos hombres son mis amigos —protestó Mitch.

—Por eso es mejor que no los veas.

Dos horas más tarde, Mitch estaba aparcado delante del Hyatt.

Mientras el aturdimiento amenazaba con apoderarse de él, le pagó cuarenta dólares al botones de noche, Gaston, para que no lo llamara bajo ningún concepto. Mitch estaba quedándose sin billetes de veinte, y no había recogido pasaje desde antes del almuerzo.

En ese momento le importaba una mierda. Se quedaría sentado dentro del Crown Victoria durante todo el tiempo que fuera necesario. Mitch no conocía ninguna otra manera de encontrar al hombre con quien quería hablar.

Le había descrito el tipo a Gaston, quien estaba bastante seguro de que aún no se había marchado del hotel, pero no podía afirmarlo de manera taxativa.

Así que Mitch se quedó allí sentado y esperó.

Observó la puerta delantera del hotel, bostezó, luchó contra el sueño, a pesar de la persistente tensión de estómago. De vez en cuando salía del taxi y caminaba a su alrededor para activar la circulación.

Cuando el tipo pasó por su lado, Mitch estuvo a punto de no verlo.

Tal vez parpadeó sin darse cuenta. Tal vez había estado viendo, mentalmente, la escena que uno de los agentes le había descrito con voz jadeante, nerviosa.

Había descrito una carnicería inimaginable.

El agente había entrado en la casa detrás de Mulroy y Creech... después de que los gritos de ambos hendieran la noche. Ambos se encontraban en el suelo, le dijo, con el mismo aspecto que si hubieran atravesado la puerta y tropezado contra una trilladora en marcha.

Su carne estaba hecha jirones; la sangre arterial que cubría las paredes y el techo era tan abundante que chorreaba como pintura.

—¿Y el que lo ha hecho? —preguntó Mitch, fuera de sí—. ¿¿Dónde está?!

—En ninguna parte —respondió el agente—. Desaparecido. Los detectives entraron, gritaron, Al y yo fuimos tras ellos de inmediato, joder, y estaban muertos, y dentro también había gente muerta, pero quienquiera que lo hiciera era como humo en el viento.

Entonces pareció que el agente iba a vomitar otra vez sobre el césped de delante de la casa.

Tal vez el cerebro de Mitch había estado visualizando todo eso, reconstruyendo la escena de acuerdo con el relato, porque, de hecho, no

había entrado en la vivienda, pero le parecía que podía ver todos los detalles: la salpicadura de sangre que casi ocultaba los pequeños trocitos de cangrejo que Mulroy tenía en la corbata, el modo en que la cabeza de Creech había rodado hasta detenerse en un rincón del vestíbulo, casi debajo de las patas de una mesa francesa antigua sobre la cual los (anteriores) residentes habían dejado las llaves y las monedas dentro de un cuenco de cerámica azul.

Mitch no sabía qué lo había distraído, pero estaba mirando la entrada del hotel y, de repente, el tipo estaba allí, abriendo la puerta con el gran picaporte de acero, y Mitch había tenido que correr para darle alcance antes de que el ascensor se lo tragara y se lo llevara otra vez fuera de la vista.

Y cuando hubo llegado junto a él, después de entrar como una tromba en el vestíbulo y derrapar por el suelo de mármol para darle alcance, el tipo lo había mirado con una sonrisita en los labios, pero no en los ojos... ¡Joder!, si parecían los ojos de un tiburón, muertos y negros. Y el tipo dijo:

—Mitch LaSalle, ¿verdad? Estaba preguntándome cuándo volvería a verlo. —Y Mitch pensó que no sabía si alguna vez en su vida había tenido tanto miedo como entonces.